



a los moradores, como es lógico, a que se pasen la vida en la calle.

Y es lo contrario lo que debemos desear. Tender a que el español le tome amor a la casa, sienta el placer de la casa propia y se habitúe a demorar dentro de ella. Para estudiar y leer a la luz de la lámpara; para hacer labores y cultivar las tertulias amables; para que la familia cobre un sentido de profunda intimidad consecuente. Es claro que esto pide un inteligente *comfort*, una calefacción acertada y unos muebles que, si no ricos y petulantes, sean realmente cómodos y bellos. Y aquí es donde tiene mucho campo para manifestarse la imaginación y la iniciativa de la mujer. Ella es la encargada de realizar la obra intensamente adorable de hacer el hogar atractivo y verdaderamente vivible, poniendo el adorno oportuno, el mueble indicado, la flor como una sonrisa en el rostro de la casa.

¿Pero es que se nos educa a los españoles en el culto de la flor? España es un país hermoso, sus mujeres tienen universalmente fama de seductoras; ¡pero cuánto más seductora sería nuestra Patria si cuidase algunos menesteres, por ejemplo, el amor y la propagación de las flores! Al viajar por Alemania y Escandinavia, yo he visto, con admiración y envidia, que hasta la última de las granjas labriegas ostentaba en las ventanas unas graciosas y elegantes cortinillas blancas y una hilera

de macetas de flores. El culto de la flor es, en esos países tan general y profundo, que llega a la obsesión. En la ciudad de Dusseldorf, quedé maravillado al ver que no había una ventana sin su correspondiente fila de flores; toda la ciudad, limpia y unánimemente florida, daba la impresión de hallarse en una fiesta de primavera. Y eso que por allí los inviernos son largos y muy duros, y la cercana factoría industrial del Ruhr anubarra al cielo con el negro humo de sus mil chimeneas.

Véase si la mujer española tiene un ancho campo de actividad; pues todo lo que cae dentro del mundo de la gracia, la belleza y la ternura, le pertenece a ella, como responsabilidad e iniciativa.

Son muchos los estímulos y tentaciones que en nuestra época impulsan a la mujer a vivir fuera de su casa. Desde luego, no se puede contrariar de una manera rotunda la corriente de la vida moderna. Pero tal vez ha llegado el momento de aconsejar a nuestras mujeres que no se dejen convencer demasiado por el *snobismo* norteamericano. Y sin llegar a lo de «la mujer, la pierna quebrada y en casa», podría quedar el problema en su justo medio. Es decir, comprender que la vida de película es una fascinación entre tonta y ruinosa, y que lo razonable sería saber ser moderna y al mismo tiempo señora de su casa, alma del hogar.

